



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DOCUMENTO 6

Sobre el Colegio Militar

En los dos siguientes discursos, pronunciados en el Senado de la República, Martín Luis Guzmán ilustra el papel que ha jugado el Colegio Militar a lo largo de la historia del México independiente. Nos habla de la “lealtad siempre presente, y siempre en guardia” con que el Colegio Militar ha “dado forma a su gran marco histórico, pese a las innumerables vicisitudes y avatares que ha sufrido” desde que el Supremo Poder Ejecutivo lo creó en 1823.

Sobre el Colegio Militar

Discurso en el Senado*

El C. Martín Luis Guzmán: Señor Presidente; Honorable Asamblea: Pocas cosas pueden ser más satisfactorias y confortantes para el ánimo, que llegar hasta esta tribuna, seguramente una de las dos más altas de la República, para exaltar valores espirituales cuya presencia ininterrumpida en el curso de nuestra historia independiente es parte de los hilos creadores, aunque invisibles, con que ha venido tejiéndose, cada vez más definida, más clara, más consciente de sí, la imagen en que cada uno de los hijos de México quiere ver y sentir reflejada la realidad de su patria. Así en la presente ocasión: estimo todo un privilegio la oportunidad de encomiar y justipreciar desde este sitio las implicaciones, nacionalmente generosas y fértiles, del proyecto de decreto enviado por el Poder Ejecutivo para que se cree la Medalla de la Lealtad, y el razonamiento con que la comisión dictaminadora hace suya la iniciativa y la somete pidiendo que se apruebe.

Consiste la lealtad, según lo sabemos todos, en el cumplimiento de lo que exigen las leyes del deber y de la fidelidad, del honor y de la honrría de bien. Supone, en otras palabras, la observancia de nuestros deberes con respecto a los demás; la probidad y la honradez en los actos de que se compone nuestra conducta; la cualidad moral que nos obliga a respetar la palabra que hemos dado o la promesa que hemos hecho; la disposición personal íntima y profunda, imperativa e inexcusable, que nos hace consumir severamente lo que los demás tienen derecho a esperar de nosotros y lo que nos debemos a nosotros mismos; todo ello a impulsos de una virtud silenciosa, porque la lealtad, siendo auténtica, no se jacta nunca de sí misma ni espera reconocimiento o premio, salvo el que la virtud de los otros quiera darle.

Y si a tanto monta la lealtad en las relaciones de persona a persona, o entre el individuo y la comunidad social de que formamos parte, ¿qué proporciones no

* Presidió la sesión Raúl Lozano Ramírez y la secretaría quedó a cargo de Florencio Salazar Martínez. 26 de enero de 1971.

hemos de concederle cuando toca los límites de la entidad histórica y presente que llamamos patria, y cuando al hablar de ella no lo hacemos para valorarla por sus atributos genéricos, sino refiriéndola de manera concreta, específica —pues así lo requieren los considerandos del proyecto de decreto— a una institución que precisamente por eso, por su lealtad, por su comportamiento a lo largo del siglo y medio de su vida ha hecho que su nombre y la palabra lealtad se conviertan para la mente y la emoción del pueblo mexicano en términos consustanciales y gloriosos: cuando nos referimos al Heroico Colegio Militar?

Con la lealtad siempre presente, y siempre en guardia, el Colegio Militar ha dado forma a su gran marco histórico, pese a las innúmeras vicisitudes y avatares que ha sufrido —cambios de nombre; cambios de asiento; cambios de organización— desde que a la caída del emperador Agustín de Iturbide el Supremo Poder Ejecutivo lo creó en 1823. De entonces acá su instituto se ha mantenido leal a los deberes militares, trasunto del concepto que ve en la disciplina y en el mando ordenamientos eficaces y en el empleo de las armas y del valor una actividad caballerosa puesta al servicio de causas nobles; ha sido leal con respecto a los poderes constituidos, conciente de que el origen y el sentido político de ellos es cosa cuya calificación no le incumbe, y también ha sido leal al principio de que la intachable conducta de las fuerzas armadas, aunque ello exija a veces el sacrificio de convicciones individuales, es elemento indispensable en la estructura de una patria fecunda y justiciera.

Recordemos, para ilustrar este juicio, unas cuantas fechas sobresalientes, que no por sabidas pierden su elocuencia. En noviembre y diciembre de 1828 el Colegio Militar fue leal al presidente Guadalupe Victoria apoyándolo contra los alzados de la Acordada. En diciembre de 1829 siguió a Vicente Guerrero, presidente de la República, para combatir al vicepresidente Anastasio Bustamante, que se había sublevado en Jalapa. En julio de 1840 luchó con denuedo defendiendo al gobierno del presidente Anastasio Bustamante contra el levantamiento que encabezaba el general José Urrea. En octubre de 1858 combatió al lado de los poderes constituidos, defendiendo una de las entradas de la ciudad de México. En octubre de 1871 se puso a las órdenes del general Sóstenes Rocha, para apoyar al presidente Benito Juárez contra los alzados que se habían hecho fuertes en la Ciudadela. En 1875 y 76 defendió al gobierno del presidente Sebastián Lerdo de Tejada ante la insurrección de Porfirio Díaz. En febrero de 1913 se aprestó a morir escoltando al presidente Francisco I. Madero. En mayo de 1920 hizo otro tanto siguiendo al gobierno de don Venustiano Carranza, por cuya investidura constitucional se batió hasta que el presidente se opuso a que continuara acompañándolo. Y no hay por qué evocar el drama del Molino del Rey y de Chapultepec, escenarios dolorosos de las batallas del 8 y el 13 de septiembre de 1847, porque muy por encima de la lealtad y de las normas éticas más altas y rigurosas, la conducta de los cadetes del Colegio Militar alcanzó entonces, con la misma naturalidad con que se hace la luz, las regiones del heroísmo, del heroísmo en grado sublime. Juan de la Barre-

ra, de 19 años; Agustín Melgar, de 18; Juan Escutia, Fernando Montes de Oca y Vicente Suárez, de 17, y Francisco Márquez, de 15, viven con el monumento que a su sacrificio les levantan nuestros corazones, como encarnación de la más pura inocencia de la patria.

Hijos y actores de tamaña historia, fieles a tal linaje, los cadetes del Colegio Militar y su instituto han recibido, desde el segundo tercio del siglo pasado, los más honrosos galardones. En 1840 se les condecoró con la Cruz de Honor, cuya inscripción decía: "En su niñez salvó a la capital de la República durante las jornadas del 15 al 26 de julio de 1840". En 1856 se les otorgó la Condecoración de la Paz, por su generosa actitud al servicio del gobierno legítimo. El 5 de febrero de 1920, el presidente Venustiano Carranza les entregó, para que les sirviera de guía, y con ella se amparasen, defendiéndola, la Bandera del Batallón de San Blas. El 14 de diciembre de 1939 se les honró en su estandarte preñiéndole una leyenda tan lacónica como expresiva: "A la lealtad. Mayo de 1920". El 29 de diciembre de 1949 un decreto ordenó anteponer la palabra heroico al nombre de su colegio. El 9 de febrero de 1966 el presidente Gustavo Díaz Ordaz instauró el Día de la Lealtad, y a partir de ese año, cada día 9 de febrero, se hace la Marcha de la Lealtad, a cuya cabeza, y escoltado por el Colegio Militar en pleno, el Presidente de la República va desde el Castillo de Chapultepec hasta el Palacio Nacional.

Muchas son, como se ve, las manifestaciones de reconocimiento con que el poder público ha recogido y dado forma a los sentimientos nacionales que hacen del Colegio Militar una institución gloriosa. Pero no obstante esto, la medalla cuya creación propone el dictamen puesto ahora a debate está muy lejos de ser una condecoración más. No lo es, primeramente, por su singularidad en orden al tiempo: la Medalla de la Lealtad se crea para que la reciban los supervivientes de un acto heroico consumado hace más de medio siglo, lo que también hace de ella un homenaje póstumo para muchos de aquellos héroes. Y tampoco esta medalla es una condecoración más, porque se trata de honrar y hacer ilustres a quienes participaron valerosa y noblemente en un suceso de proporciones máximas dentro del panorama de nuestra historia. Ni los pronunciamientos de 1828, 1829 y 1840, ni los hechos militares de 1858, 1871, 1875 y 1876, ni la sublevación general de 1920 son equiparables, por su trascendencia histórica, a los sucesos del 9 de febrero de 1913, día en que el honor y el cumplimiento del deber, oponiéndose al deshonor y a la negación del deber, interpretamos anticipadamente el coraje y la emoción populares con que se reanudaría a partir de aquel momento la lucha iniciada en 1910 y se alcanzaría el triunfo de la Revolución Mexicana. A esa hora, además, hora en que la lealtad, casi sola, salió a enfrentarse con los desbordamientos e iniquidades de la deslealtad, estaba incubándose ya una de las mayores felonias que registra la historia: la que diez días después personificaría la torva imagen, la execrable figura de Victoriano Huerta, traidor entre traidores.

Así pues, la lealtad cifrada en la medalla que nos ocupa debe mirarse, si queremos entenderla y sentirla cabalmente, a la luz de las dramáticas circunstancias políticas, militares, humanas, que precedieron y acompañaron a cuanto sucedió entonces, para lo cual tratare de presentarlas en una síntesis, aunque no tan breve como yo la querría para no abusar de la benévola atención de la asamblea.

El 13 de diciembre de 1911, esto es, catorce meses antes que sobreviniera la Decena Trágica, el general Bernardo Reyes, que desde San Antonio Texas había lanzado varias proclamas sediciosas, cruzó el río Bravo; el día 4 se proclamó alzado contra el gobierno de la Revolución, y días después, viendo que nadie acudía en su apoyo, se constituyó prisionero del destacamento rural de Linares, al cual se presentó. Lo trajeron preso a la ciudad de México y desde entonces lo recluyeron en la prisión de Santiago Tlatelolco.

Con igual sinrazón y torpeza, otro general, Félix Díaz, hizo lo mismo en octubre de 1912 pretendiendo alzarse con el puerto de Veracruz. Lo combatieron, quedó prisionero y lo juzgaron y condenaron; pero gracias a la magnanimidad del presidente Madero, salvó la vida y consiguió que lo trajeran a la ciudad de México, donde quedó preso en la Penitenciaría del Distrito.

Prevalcía entonces en la capital un incomprensible estado de la opinión pública, insensata e inconciente, que era el producto de la prensa infame que la atizaba para explotarla y cuyas raíces profundas, sin que la gran masa de la población lo advirtiera, se nutrían de los intereses políticos y económicos, nacionales y extranjeros, empeñados ya en hacer la contrarrevolución.

En el seno de aquel estado de ánimo público, los enemigos del movimiento revolucionario no hallaba obstáculo para conspirar, a lo cual los ayudaba la apatía y el desencanto de los propios partidarios del señor Madero, que se allanaban mal a las razones o motivos que el gobierno tuviera para no actuar en forma más revolucionaria.

Bernardo Reyes y Félix Díaz, cada uno desde su prisión, y bien comunicados por medio de sus agentes, lo dirigían todo. Para ello contaba Félix Díaz con los generales Manuel Mondragón y Manuel Velázquez, y contaba Reyes con el general Gregorio Ruiz. Unida la acción de todos, se puso en obra, cada día menos solapada y más cínica, una labor corruptora del ejército, y se delineaban proyectos y planes subversivos.

Dos hechos eran evidentes al principiar enero de 1913: el total desprecio de Madero por parte de las clases conservadoras, que no habían dejado de atacarlo y befarlo desde que lo vieron en poder, y el profundo descontento, el desmayo, la desesperación con que todos sus partidarios —hasta los más firmes— lo veían empeñarse en una política tolerante y conciliatoria.

Porque entre aquel ambiente de antimaderismo, activo o pasivo, cundía palpable y casi definida —se pronosticaba hechos, se mencionaban nombres— la inminencia de un levantamiento militar que derrocaría al gobierno. Los grandes periódicos, sin decirlo, querían que el hecho ocurriese, y lo fomentaban, y los periódicos infimos casi lo proclamaban. En el rumor callejero, igual. Se hablaba de Victoriano Huerta, de Bernardo Reyes, de Félix Díaz, de Manuel Mondragón sobre cuándo, cómo y con quién se sublevarían. La policía, naturalmente, estaba al tanto; además, gente adicta al gobierno traía a los ministros noticias y detalles de lo que se tramaba. Pero todos se sentían abúlicos, todos se hallaban como paralizados por el desvanecimiento de la fe o porque se profesaba la filosofía optimista de Madero, para quien era imposible que ningún mal lo acechase. Creía él que los mexicanos eran fundamentalmente buenos y estaba seguro de representar, junto con sus colaboradores, el principio del bien.

A tanto llegaba aquella situación —la de un gobierno inclinado a practicar la doctrina de la no resistencia al mal y dejar sueltas las fuerzas malignas con-fabuladas en su contra— que libremente se discutían en grupos del Congreso y en los periódicos las ventajas o desventajas de que la legalidad sucumbiera.

Hubo susurros de que el movimiento militar estallaría el primer día de febrero. Después se supo que se le posponía para el día 5, durante la ceremonia conmemorativa de la Constitución frente al monumento a Juárez, donde por un golpe de mano los conjurados se apoderarían del presidente y de todo el gobierno. De no ser así —se auguraba—, el movimiento se llevaría a cabo la noche de aquel mismo día, al evadirse de Santiago Tlatelolco el general Bernardo Reyes, que para eso contaba con la fuerza del Primer Regimiento de Caballería, destacado en el cuartel anexo a la prisión. Pero sucedió, en la ceremonia de la mañana, que entre las tropas designadas para hacer los honores al Presidente de la República estaba el Colegio Militar, ante el cual los conspiradores se arredraron por temor a la actitud que el Colegio pudiera asumir, y con él, a su ejemplo, las demás unidades militares presentes. Y ocurrió también, por la noche, que el general Lauro Villar, Comandante Militar de la Plaza, mandó al cuartel anexo a Santiago Tlatelolco otros dos escuadrones del Primer Regimiento, éstos madados por el mayor Juan Manuel Torrea, jefe de pundonor y espíritu militar acrisolados, y la presencia de esas nuevas tropas estorbaron lo que se proyectaba.

Llegó el sábado 8 de febrero. Estaban comprometidos en la conspiración los tres regimientos —dos de artillería y uno de caballería— acuartelados en Tacubaya, las compañías de ametralladoras de San Cosme, los alumnos de la Escuela de Aspirantes —inducidos a la rebelión por sus oficiales instructores—, el regimiento de artillería acuartelado en San Lázaro, varias fracciones del 20o. Batallón —que esa noche montaría guardia en Palacio y en Santiago—, parte de los artilleros del cuartel de la Libertad, un batallón de las fuerzas de

Seguridad, con fracciones de otro, y unos doscientos hombres de la Gendarmería Montada. Por sí mismo, Bernardo Reyes había logrado seducir a varios de los oficiales que tenían comisión de planta en Santiago y a la fuerza del Primer Regimiento de Caballería destacada en el cuartel anexo a la prisión. Se contaba, además, con los oficiales de guardia en la Penitenciaría del Distrito, los cuales, por lo menos, se habían comprometido a no intentar nada contra Félix Díaz en el momento en que los sublevados fueran a ponerlo libre.

Mucho de aquello había transpirado y, aunque vagamente, era conocido por la policía y el gobierno. Anónimos, y por boca de personas serias y dignas de crédito, uno tras otro llegaban a los ministerios y demás oficinas públicas los avisos del levantamiento que se preparaba para aquella noche. Pero todo, avisos espontáneos e informes oficiales, se estrellaban inexplicablemente contra la incredulidad o el optimismo. El Comandante Militar, al tanto del complot desde días antes, esperaba que la policía le trajera pruebas concluyentes, no meros informes, para adoptar medidas enérgicas, y, aún así, no estaba muy seguro de lo que consiguiera hacerse, pues lo asaltaba el temor de que, obrando con severidad, el gobierno lo desautorizase. Sin embargo, dispuso el acuartelamiento de toda la guarnición y ordenó que dos escuadrones del Primer Regimiento, al mando del mayor Juan Manuel Torrea, de quien sí se fiaba, salieran de Tacubaya a las nueve de la noche, uno para incorporarse a la fuerza destacada en el cuartel anexo a la prisión de Santiago, y el otro para instalarse en el cuartel de Zapadores, contiguo a Palacio y desocupado entonces. Los dos escuadrones deberían hacer el recorrido de Tacubaya al Zócalo, por la Reforma y Plateros, en columna de viaje por dos, para dar impresión de fuerza más numerosa, y después de formar frente al Portal de Mercaderes, cada escuadrón iría al servicio que se le había señalado.

Desde Zapadores, el mayor Torrea, que ya estaba acuartelado allí con su escuadrón, se comunicó a medianoche con el general Lauro Villar y le rindió parte de haber cumplido puntualmente las órdenes que se le habían dado. Y entonces, bien montados todos sus servicios, salió a recorrer la calle de Acequia y el frente de Palacio, tras de lo cual, seguro de que nada raro se descubría a primera vista, volvió a la puerta del cuartel de Zapadores.

Pasadas las once de la noche, los generales Mondragón y Ruiz, junto con otros conspiradores, se habían trasladado al cuartel del Segundo Regimiento de Artillería, resueltos ya a ejecutar su plan, y concertaron allí los últimos detalles para dar comienzo a la sublevación.

El señor Madero, despierto desde la madrugada en el Castillo de Chapultepec, no había dejado de considerar cuantos informes le llegaban, y esperaba tranquilo la hora de salir a la calle para rehacer públicamente la autoridad de su gobierno. Tan cierto estaba de que aquella asonada era sólo obra de unos cuantos militares, y golpe en el que nada tenía que ver el pueblo ni la mayoría

del ejército, que a primera hora mandó que se levantara y viniera a verlo el teniente coronel Victor Hernández Covarrubias, director del Colegio Militar, a quien dijo, más o menos, estas palabras:

“Teniente Coronel, la Escuela de Aspirantes, una parte de la guarnición, algunos civiles y otros grupos militares se han sublevado contra el gobierno. La situación, sin embargo, está dominada. Sírvase usted alistar al Colegio Militar para que me acompañe por las calles de México en columna de honor. ¿Oye usted los disparos que allá suenan? Pues son las tropas leales que terminan con la sublevación”.

El director del Colegio dispuso que inmediatamente formaran las dos compañías de alumnos, a las cuales municionó para que en cualquier momento pudieran entrar en combate, y mandó que se pusieran en un carro las municiones sobrantes, una ametralladora y dos fusiles Rexer.

Los sublevados de Tacubaya se echaron a la calle a eso de las cuatro de la mañana. Avisado de ello poco después, el teniente coronel Emiliano López Figueroa, Inspector general de Policía, trasmitió inmediatamente la noticia al Comandante de la Plaza y al Ministro de la Guerra y pidió instrucciones. Villar ordenó a López Figueroa que persiguiera con fuerzas de la policía a las tropas sublevadas o que, por lo menos, las observara de cerca, y le anunció que ya salía él hacia Palacio para dictar desde allí las órdenes convenientes.

Llegaron entre tanto al Zócalo el primer grupo de aspirantes y el general Velázquez, los cuales, según se tenía convenido, se dieron a conocer a los oficiales que estaba de guardia en Palacio, prontos a franquearles las puertas y a sublevarse también, el Mayor de Plaza, que de acuerdo con las órdenes del Comandante Militar, velaba en su oficina, advirtió desde luego lo que pasaba, salió precipitadamente por la puerta del Correo Mayor y presuroso se fue en busca de su jefe, a quien ya no encontró en casa.

Villar, en efecto, había tomado el coche que necesitaba y venía camino de Palacio. Al desembocar el coche en el Zócalo por la esquina de Flamencos, un grupo de aspirantes, que traía dos ametralladoras en un carro, marcó el alto al cochero, y, segundos después, le ordenó seguir, pero ya no en la misma dirección, sino apártandose de allí. Sin ninguna duda acerca de lo que estaba viendo, Villar procuró no ser reconocido y mandó al cochero que continuase frente al Portal de las Flores, y ya a prudente distancia de los aspirantes, hizo que el coche volviera atrás y pasara frente a Palacio. Pudo así ver que estaban abiertas la Puerta de Honor y la del centro; que en una y otra se hallaba formada la fuerza del 20o. Batallón y que cerca de ellas se movían, con sus oficiales, grupos de aspirantes. Comprendió entonces que Palacio había caído en poder de los sublevados y dio al cochero orden de que lo llevara al cuartel de San Pedro y San Pablo.

Gustavo Madero se había esforzado por lograr que el gobierno se defendiese. Cerca de las cuatro de la mañana se comunicó con el Presidente y el Vicepresidente de la República, para exponerles la gravedad de la situación, y media hora después, tras de hablar de nuevo con el Inspector General de Policía, por quien supo que los regimientos de Tacubaya estaban ya fuera de sus cuarteles, vino hacia Palacio en busca del Comandante de la Plaza, para ver qué providencias se tomaban ante tales acontecimientos. Llegó a la puerta principal cuando ya el edificio estaba en poder de los alzados, cosa que él no sabía ni se esperaba, y como la guardia lo dejó pasar, nada notó ni sospechó hasta que, ya dentro, los aspirantes lo rodearon y desarmaron, sin dejarle punto para escapar o resistir. Sus apresadores lo llevaron a la sala de banderas y allí lo dejaron con centinelas de vista.

Preso ya Gustavo Madero, entró en Palacio el Ministro de la Guerra. El también, como el Comandante Militar de la Plaza, se había vestido precipitadamente al saber que venía de Tacubaya la columna rebelde de Mondragón, y se había dirigido a su oficina para dictar las medidas necesarias. Pero mientras Lauro Villar, con mejor suerte, pudo asistir desde lejos a la caída de Palacio, él, ignorante de esto último, llegó hasta la Secretaría de Guerra, entró y, dentro ya, tuvo que acometer por sí solo el sometimiento de las tropas desleales. Al principio lo ayudó la circunstancia de haber llegado a unírsele al coronel Morelos con sesenta hombres que acababan también de entrar por la puerta del Correo Mayor; auxilio que permitió al ministro reducir al orden a los aspirantes y soldados que estaban en la azotea, y desarmarlos. Pero en seguida, resuelto a lograr eso mismo con los sublevados de la planta baja, García Peña pasó a los corredores del primer piso, solo otra vez y luego, temerariamente, bajó hasta el patio central. Al verlo al pie de la escalera, un subteniente montado que allí estaba le intimó rendición, a lo que él, en vez de rendirse, contestó derribándolo del caballo. Entonces los aspirantes emperaron a hacerle fuego y eso lo obligó a refugiarse en los bajos de la Comandancia, de donde, acosado siempre, aunque protegido por la oscuridad, pasó a una dependencia de la Mayoría de Ordenes. De allí quiso salir de nuevo, por el otro lado, y al abrir la puerta, una bala disparada desde el patio destrozó un vidrio, que le cortó la cara, y vino a tocarle en el hombro derecho y en la nuez. Ese momento lo aprovecharon los aspirantes para cogerlo, desarmarlo y llevarlo sujeto hasta el cuerpo de guardia, donde lo dejaron preso con centinela de vista, igual que antes habían dejado a Gustavo Madero en la sala de banderas.

Mientras las órdenes del general Villar empezaban a ejecutarse, llegó a reunirse con él en San Pedro y San Pablo el general Villarreal, que al no encontrarlo en su casa se había puesto a buscarlo por los cuarteles. Le dijo Villar que en ese momento se disponía a ir al cuartel de Teresitas, para sacar de allá la tropa que hubiera; que entre tanto fuera él al cuartel de Zapadores a enterar al mayor Torrea de la situación en que estaba Palacio, y de la necesidad de sostenerse allí a toda costa, mientras le mandaba refuerzos o llegaba con ellos, y

por último, que luego de hablar con Torrea fuese a tomar en persona el mando de la Ciudadela, la cual, seguramente, los sublevados tratarían de ocupar, y donde, si no soldados, encontraría obreros que podía armar bien para defenderse.

El general Villar había logrado salir de Teresitas con sesenta hombres del 24o. Batallón, que puso a las órdenes del mayor Castro Argüelles; se había adelantado a ellos tomando otro coche de alquiler, y había ido a preparar el asalto a Palacio, entrando allí por la puerta de Zapadores.

Con unos pedazos de riel, de que pudieron echar mano, un grupo de soldados forzó la puerta que comunicaba el patio del cuartel y el Palacio, hacia el fondo de jardín; por ella, sigilosamente, pasaron el mayor Castro Argüelles y los sesenta hombres del 24o. Batallón, al frente de los cuales se puso, apoyado en el brazo de Torrea, el general Villar; y así dispuesta la pequeña columna, avanzó por el jardín hasta ganar la entrada trasera que da acceso al patio de Honor. Tan pronto como todos aparecieron allí, el Comandante de la Plaza, arrastrando su pie enfermo, pero con ademán y voces de autoridad indiscutible, se adelantó hasta la doble guardia de aspirantes y soldados que custodiaban por aquella parte la entrada desde el Zócalo y les ordenó la entrega de las armas.

Sobrecogida la fuerza sublevada ante tamaño despliegue de autoridad, no hubo quien intentara la menor resistencia ni quien pensara no rendirse. Los oficiales se habían quedado indecisos ante la pistola con que les apuntaba Villar; a todos los dominó el temor de las sesenta bayonetas caladas que avanzaban sobre ellos con la misma incontrastable firmeza de la voz que las mandaba. Y de esa suerte, en unos cuantos segundos, sin herir a nadie, sin disparar un solo tiro, la guardia de la Puerta de Honor quedó inerte y substituida por otra, y lo mismo aconteció inmediatamente después con los soldados y aspirantes de la Puerta Central.

Aquí el general García Peña, que oyó desde su encierro las voces del Comandante de la Plaza, contribuyó no poco a que los grupos de alzados se rindieran. Porque sacando del bolsillo la otra pistola que traía, y que no le habían quitado desarmó en un segundo a los dos centinelas que estaban custodiándolo, y luego salió del cuerpo de guardia y unió su voz a la de Villar en momento y modo tan oportuno, que mientras el comandante reducía al orden a los soldados, él hacía otro con los aspirantes.

Al despejar el frente de la sala de banderas, el general García Peña descubrió, con gran sorpresa, cómo estaba detenido allí Gustavo Madero, y mayor todavía fue su asombro cuando el hermano del presidente le dijo que en ese sitio había estado preso desde poco después de las cuatro de la mañana. También en aquel momento bajaron al patio central el mayor del 24o. Batallón y treinta hombres que el Ministro de la Guerra había pedido a Morelos al bajar de la azotea.

Se restableció el orden. Reunidos en el patio del centro los aspirantes, el general Villar los arengó; los reprendió por su proceder, y más que por el suyo, por el de sus jefes; les citó como ejemplo la conducta de los humildes soldados que él había tenido que ir a sacar de los cuarteles para defender las instituciones, puestas en peligro por los más capaces de entenderlas y apreciarlas. Y en seguida los hizo desfilar, junto con los oficiales y soldados rebeldes, y luego dispuso que todos quedaran presos en las cocheras, a la vez que ordenaba que la tropa leal se distribuyera convenientemente, atenta a lo que pudiera ocurrir.

A poco de quedar sometida la guardia de la Puerta de Honor, el general Villar había ordenado a mayor Torrea que por el cuartel de Zapadores saliese con su escuadrón y desfilara frente al Palacio, con lo cual, mientras se tomaban otras providencias, el palacio quedó apercibido contra el ataque que seguramente vendría a hacerle la columna de Mondragón.

Cerca de la seis y media llegaron a Chapultepec el Gobernador del Distrito y el Inspector General de Policía. De acuerdo los dos, habían tomado las medidas necesarias para que se reconcentraran al pie del castillo los dos batallones de Seguridad y los dos regimientos de la Gendarmería Montada, que estarían así en buen sitio para el caso de que los sublevados intentaran alguna sorpresa por aquella parte.

El presidente contó entonces a López Figueroa que tenía pensado dirigirse a la ciudad de México sin más escolta que el Colegio Militar. El inspector le respondió que le parecía bien, sobre todo si, como lo esperaba iban reforzados los alumnos por las fuerzas de Seguridad, y si de ellas se tomaban las secciones necesarias para formar la descubierta. Pero también dijo que tenía noticias de que por lo menos un oficial de Colegio Militar había asistido un día antes a las juntas de conspiradores de Tacubaya. Entonces el presidente, incrédulo, le ordenó ir a semblantar al teniente coronel Víctor Hernández Covarrubias, y; minutos después el Inspector, tras de bajar a la terraza y cumplir lo que el señor Madero le había ordenado, regresó a informarle, en términos categóricos y absolutos, que el Colegio Militar no mancharía nunca la limpia ejecutoria heredada de su tradición.

Puestos en libertad por los alzados los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz se reunieron a deliberar junto con los otros jefes de la sublevación. Opinó don Bernardo que era urgente marchar sobre Palacio y estaba considerando las providencias que, a su juicio; debían dictarse, cuando se recibieron informes contradictorios de lo que allá ocurría varios aspirantes traían la noticia de que Palacio ya había sido recobrado por el general Villar. Así se decidió que el general Ruiz y el Coronel Anaya se adelantaran a explorar con el Primer Regimiento de Caballería, y que, entre tanto, el grueso de la columna se pusiera en condiciones de emprender la marcha lo antes posible.

Ruiz y su gente se lanzaron al galope y vinieron a desembocar en el Zócalo, por la esquina de la calle de la Moneda, cuando ya el general Villar estaba pronto al encuentro con los rebeldes. Apoyado en el brazo del general José Delgado, que había venido a incorporársele, igual que los generales Felipe Mier y Eduardo Caus, el Comandante Militar de la Plaza esperaba de pie al borde de la acera, delante de la puerta del centro, entre dos ametralladoras que había hecho instalar junto a cada uno de los garitones, y un poco al frente del grupo que formaban el mayor Malagamba, ayudante suyo, el intendente de Palacio, don Adolfo Bassó, y dos empleados del Departamento de Marina —Muñoz Jiménez y Carlos Romero— que acababan de presentarse ofreciéndole sus servicios, y que también quedaron como ayudantes en vista de que se negaban a separarse de él.

Serían las ocho de la mañana. Torrea y su escuadrón habían ido a tenderse en orden de Batalla al sur de la plaza, junto al edificio de “La Colmena”. Desde allí, según las órdenes del general Villar, aquella tropa dominaba la calle de la Acequia, por donde también podrían venir fuerzas sublevadas. Los sesenta hombres del 24o. Batallón, a las órdenes del mayor Castro Argüelles, estaban alineados en dos filas, pecho y rodilla en tierra, entre la Puerta de Honor y la Central. Entre ésta y la Puerta Mariana se hallaban ahora, una fila rodilla en tierra a lo largo de la pared, y otra pecho a tierra a cuatro o cinco metros de la acera, los sesenta soldados del 20o. Batallón, al mando del coronel Morelos. Frente a la puerta del centro, además hacía las veces de escolta del general Villar un piquete de quince hombres del 16o. Regimiento, mandado por el teniente Ortiz.

La aparición del general Ruiz y sus hombres por la esquina de la Moneda aconteció en los momentos en que el escuadrón de Torrea al otro extremo de la plaza, estaba desmontado y se disponía a encadenar la caballada en la calle contigua, para quedar mejor apercebido a la defensa. La figura de Ruiz —corpulento, sombrero negro de alas anchas, traje de caqui— se veía avanzar a unos cuantos pasos. Lo precedía una descubierta como de once soldados; lo seguía la mayor parte del Primer Regimiento de Caballería, con algunos grupos de paisanos a pie. Serían en conjunto unos 200 ó 250 hombres que doblaron por la esquina y siguieron luego diagonalmente entre Palacio y el jardín hasta venir a quedar Ruiz y Anaya a la altura de la puerta del centro.

Sin soltar el brazo del general Delgado, Villar adelantó resueltamente dos o tres metros hacia Ruiz, y éste, al verlo, atravesó casi toda la calle hasta llegar a él. Una vez allí, lo saludó y lo invitó formalmente a sumarse al movimiento “Contamos —le dijo— con grandes elementos, con hombres, cañones, y armas de todas clases aparte las tropas que me acompañan, por si solas más fuertes que las que defienden Palacio, otras de las tres armas vienen detrás de mí, con los generales Félix Díaz, Bernardo Reyes y Manuel Mondragón.” Villar le contestó que no estaba en hábitos militares defeccionar, ni menos traicionar,

que por ningún motivo sería desleal al gobierno del señor Madero, Presidente Constitucional de la República; que a los militares no les tocaba criticar a los poderes constituidos, ni menos entrometerse en la marcha de la política, y que, por lo tanto, su deber le mandaba sostener al gobierno y defenderlo aun a costa de la vida. Y acabando de dirigirle estas palabras, le cogió con violencia las riendas del caballo y le ordenó desmontar y darse preso.

Sin ánimo ni razones que oponer a la elocuente severidad del Comandante de la Plaza, Ruiz se limita a no moverse del caballo. Pero entonces Villar, que esperaba verse atacado de súbito por el grueso del enemigo, le echó rudamente en cara su conducta y a fuerza lo hizo apearse, con ayuda de Argüelles y Malagamba, en los precisos momentos en que Ruiz, para defenderse, alargaba la mano hasta una de las pistolas que traía en el arnés del albardón. En seguida cogiéndolo Villar por el brazo derecho, lo condujo hasta el cubo de la puerta y allí lo entregó preso al general Caus, más diez hombres que lo custodiaran.

Mientras tanto, el grueso de la columna rebelde, que había tenido tiempo de avanzar desde la Penitenciaría hasta la calle de Santa Teresa y rebasarla, estaba ya con la vanguardia a un costado de Palacio, frente a la puerta de la Secretaría de Guerra.

Un jinete se acercó allí al general Reyes y le informó que Palacio había vuelto a quedar en poder del gobierno y que acababan de coger prisionero al general Ruiz. Sin escucharlo, o como si no lo oyese, don Bernardo siguió adelante, pues aquella ansia suya de dejar la prisión y salir a pelear parecía haberse convertido, ahora que se veía libre, en el solo impulso de su vida, en la concreción impaciente del ardor que lo dominaba desde esa madrugada. La necesidad de llegar, ver y vencer en forma que no dejara a nadie duda sobre su capacidad o sobre su valor, como que le ponía por delante una visión fascinadora. A su hijo Rodolfo, que le señaló la conveniencia de esperar, de no aventurarse sin recibir informes precisos de lo que estaba sucediendo, le contestó que la columna si podía detenerse, él no: había que acabar, había que decidir de una vez, y a cualquier precio, lo que fuera. Alzándose, pues, sobre los estribos, gritó de modo que lo oyesen cuantos lo rodeaban: “¡Señores, el fuego va a comenzar: que se aparten los no combatientes!”.

Llegaron en eso hasta la vanguardia de la columna Mondragón y Félix Díaz, y enterados de lo que pasaba, también trataron de contener a don Bernardo. El, sordo a todo, picó espuelas y partió al galope, seguido por un grupo de aspirantes, por varios jefes y oficiales y por algunos civiles, todo en un haz de infantes y jinetes desordenado y compacto.

Cabalgó don Bernardo frente a la doble fila de soldados de 20o. Batallón. Bien sentado en la montura, lo reconoció a lo lejos, por el modo de llevar los brazos, el general Villar. Lo envolvía, o poco menos, el grupo de gente monta-

da y a pie que venía siguiéndolo desde la calle de La Moneda, más algunos otros paisanos y militares que a cada paso se le agregaban: aspirantes, artilleros, partidarios entusiastas, simples curiosos.

Metros antes de la puerta del centro vino a alcanzarlo el general Velázquez, y en vano intentó hacerlo retroceder. Descubrió entonces don Bernardo que Villar lo esperaba al borde de la acera y que salía luego hasta media calle a marcarle el alto. Frente a frente los dos, le dijo, sin dejar de cabalgar: “¡Ríndase usted!”, a lo que Villar, recogiéndose otra vez hacia la puerta, le contestó: “¡El que se ha de rendir es usted!”. Y sucedió en ese momento, desconcertado el grupo de los rebeldes por la respuesta del defensor de Palacio, que algunos de ellos levantaron las armas, y que don Bernardo intentó con la mano contener al oficial o aspirante que tenía más cerca, mientras con el cuerpo hacía al Comandante de la Plaza además de que esperase; pero como al mismo tiempo continuara avanzando hasta echar el caballo casi encima de una de las ametralladoras, se vio que trataba de envolver con su gente al general Villar. Rodolfo, que estaba detrás, le gritó entonces: “¡Te matan!”, y él respondió: “¡Pero no por la espalda!”, y como si aquello hubiese sido la orden de fuego, uno de los hombres que lo seguían disparó sobre los soldados del 20o. Batallón, que contestaron; y en un instante cundió la lucha desde uno hasta otro extremo de las fuerzas contendientes. Con los soldados del 20o. dispararon los del 24o., y la escolta del 16o., y el escuadrón de Torrea, y una de las ametralladoras, manejada por Bassó, y de la otra parte hicieron fuego el grupo de rebeldes, paisanos y militares, que venían con don Bernardo, los 200 hombres de Anaya y las fracciones de fuerza sublevada —entonces se descubrió que las había parapetadas en lo alto de “La Colmena” y en las torres de la catedral.

El combate no duró arriba de veinte minutos alcanzado don Bernardo por varios tiros, uno de pistola en la cabeza y otros de ametralladora en las piernas, cayó casi el primero. Se le vio asirse a la crin del caballo y rebalar por el lado izquierdo sobre su hijo Rodolfo, que, aunque ileso, también cayó a tierra. Entre los defensores, igualmente a los primeros disparos, salió herido el general Villar: una bala le tocó el cuello y le rompió la clavícula derecha. A su lado murió el coronel Morelos.

Sin enemigo al frente, ni tropas, bastantes para perseguir a los que huían, Villar comprendió que acaso vinieran sobre él en nuevo ataque, y ya no tan desapercibidas como las otras, las fuerzas que Félix Díaz y Mondragón conservaban en la calle de La Moneda. Mandó, pues, levantar los cadáveres del general Reyes y del coronel Morelos, recogió sus soldados al interior del edificio, mandó cerrar las puertas y se dispuso a defenderse desde la azotea.

Mientras Villar iba subiendo las escaleras y dando órdenes, los médicos Samuel Silva y Abel Ortega, que lo seguían, redoblaban sus instancias para que

se detuviera un momento y se dejara curar, pero él los apartaba con la mano y de cuando en cuando se interrumpía para repetirles que primero estaban las exigencias del servicio. En la azotea mandó repartir a sus soldados municiones de las quitadas a los aspirantes. Formó una cadena de tiradores, con el centro sobre la plaza y los extremos hacia el norte y el sur, al mando del teniente coronel Félix C. Manjarrez y del mayor Castro Argüelles. Ordenó a su ayudante, el mayor Malagamba, herido cuatro veces, que se retirara al Hospital Militar.

En Chapultepec, el señor Madero, ya a caballo, y poco antes de la hora en que aparecería frente a Palacio el general Gregorio Ruiz, había arengado a los alumnos del Colegio Militar, que lo oyeron armados y municionados para servirle de escolta hasta la ciudad de México. “Ha ocurrido —les dijo— una sublevación, y en ella la Escuela de Aspirantes, arrastrada por oficiales indignos de su uniforme, ha echado por tierra el honor de la juventud militar, y por eso vengo a ponerme en manos de este colegio, cuyo apego a la disciplina y al deber no se ha desmentido nunca. Os invito a que me acompañéis en columna de honor hasta las puertas de Palacio, asaltado esta madrugada por los aspirantes y sus oficiales y vuelto otra vez a poder del gobierno gracias a la energía del Comandante Militar de la Plaza, que ha sabido reducir al orden a los revoltosos”.

Breve, elocuente por su dignidad y su emoción contenida, la arenga del señor Madero hizo de las dos compañías de alumnos que lo escuchaban, un cuerpo unánime. El director, Víctor Hernández Covarrubias, contestó con palabras de encomio para el colegio, cuya sola fama lo definía, y de agradecimiento para el jefe del Estado, que comprendiéndolo así, no dudaba de que los cadetes lo escudarían con su lealtad. En seguida, dirigiéndose a éstos, y alzando más la voz, resumió en un vitor lo expresado por el señor Madero y lo que él acababa de contestar:

—¡Viva el Presidente de la República!

—Lacónicos y solemnes, como una sola voz, los alumnos respondieron:

¡Viva!

E inmediatamente se ordenó la marcha.

No en columna de honor, según el Presidente lo esperaba, sino por el flanco doblando —dos filas a la derecha, dos a la izquierda y el Presidente en medio—, el Colegio Militar bajó del castillo y tomó el camino de la Reforma. Llevaba como vanguardia las secciones de Seguridad que se habían reconcentrado en el bosque, al pie del cerro, y un escuadrón de la Gendarmería Montada, al mando del mayor Ernesto Ortiz. Además del director del colegio, con el Presidente iba a caballo el Ministro de Comunicaciones, Manuel Bonilla. Lo seguían, unos a pie, otros en automóvil, García Peña, Pino Suárez,

López Figueroa, Federico González Garza y los ayudantes que sucesivamente habían venido presentándose: Garmedía, Montes, Casarín, Margáin, Vázquez Schiaffino.

Dos veces, ya iniciada la marcha, preguntó el señor Madero a Hernández Covarrubias si no era posible que el colegio formara en columna de honor, pues eso era más adecuado al fin que él se proponía: pero Hernández Covarrubias le contestó pidiéndole permiso para que el colegio siguiera como iba, por ser la formación en fila, a ambos lados del paseo la que recomendaban las circunstancias. Respetuoso del deber de los otros, el Presidente no insistió y aun consideró útil a su propósito la disposición que llevaban, porque al desfilar los cadetes al borde de una y otra aceras empezaban a oír aplausos y aclamaciones de la gente del pueblo que acudía a unírseles.

Era como si se hubiese corrido la voz de todas partes surgían amigos, partidarios entusiastas, funcionarios del gobierno. Hacia el Café Colón se incorporaron Rafael Hernández y Ernesto Madero. Un poco más allá bajo de un coche de alquiler y se unió a la columna —ocultos los ojos por sus gafas oscuras y casi todo el cuerpo por su abrigo negro— el general Victoriano Huerta. En la plaza de la Reforma se incorporó a las fuerzas, armado y municionado como tropa de infantería, el Cuerpo de Bomberos; más allá, otras secciones de la Gendarmería Montada y de los batallones de Seguridad. Y así fueron creciendo, en el trayecto de la Avenida Juárez, el volumen de la columna y el calor con que la envolvía el entusiasmo público. A la altura de la Alameda, eran ya numerosos los grupos de maderistas militantes y de simples ciudadanos que pedían armas. Una muchedumbre de afiliados al Partido Constitucional Progresista, con bandera desplegada y Mariano Duque a la cabeza, se agolpaba detrás del señor Madero y excitaba al pueblo a armarse y defenderse.

Se tenía decidido seguir hacia Palacio por la Avenida del Cinco de Mayo; pero al rebasar la vanguardia de la columna las obras del Teatro Nacional se oyó de pronto, hacia el centro, nutrido fuego de fusilería (era el combate con los alzados del general Bernardo Reyes), por lo que se mandó hacer alto. A poco se vieron cruzar por San Juan de Letrán, hacia la calle de la Independencia, caballos sin jinetes y, minutos después, soldados de caballería que pasaban huyendo. Como todo eso produjo en la columna cierta confusión, se hizo ver al señor Madero que no debía seguir adelante mientras no se explorara el camino hasta Palacio y hubiera seguridad de dominar las calles próximas.

Estando ellos en su deliberación, un tiro hecho al parecer desde los balcones de "La Mutua", derribó al gendarme que se hallaba, casi al lado del Presidente, entre el general García Peña y don Manuel Bonilla.

Poco después regresó Gustavo Garmendía con la noticia de que Palacio estaba en poder del general Villar, éste herido, Gregorio Ruiz preso, el coronel

Morelos y el general Reyes, muertos, y en fuga hacia el Reloj y Donceles las tropas sublevadas que mandaban Félix Díaz y Manuel Mondragón. Al saber aquello el Presidente, se dispuso a seguir.

En tres fracciones el Colegio Militar avanzó paralelamente hasta la Plaza de la Constitución sin otro contratiempo que unos disparos que cayeron, a retaguardia de la fracción del centro, a su paso por La Profesa.

Ya en el Zócalo todo el Colegio Militar, Hernández Covarrubias recibió informes sobre la verdadera situación de Palacio. Entró entonces en el edificio, subió a la azotea y se presentó al general Villar.

—A sus órdenes, mi general —dijo saludándolo— y conmigo viene, completo, el Colegio Militar de Chapultepec, leal al Presidente de la República.

Emocionado, Villar quiso volverlo a oír:

—El Colegio de Chapultepec?

Y al escuchar de nuevo las palabras del director del colegio, dos gruesas lágrimas se le desprendieron de los ojos y le acentuaron lo encendido de la cara. En seguida, conteniendo su emoción, preguntó por el señor Madero, de muertos, y en fuga hacia el Reloj y Donceles quien supo que ya venía por la Avenida Juárez Hernández Covarrubias una ametralladora, para que la agregase a sus fuerzas y le ordenó:

Despeje usted la plaza, establezca una guardia en la puerta principal y espere allí al Presidente de la República, para que sea el Colegio Militar de Chapultepec quien le haga los honores.

Señor Presidente, Honorable Asamblea: ¡Cuánto se justifica qué oportuna es, pese a los cincuenta y siete años transcurridos desde aquellos aciagos acontecimientos, la Medalla de la Lealtad! Con honda sensibilidad patriótica e histórica el señor Presidente de la República ha advertido cómo las huellas —huellas de fecundas resonancias espirituales— que en la lealtad dejaron los acontecimientos del 9 de febrero de 1913, deben perpetuarse particularmente. Y así, no sólo nuestro voto aprobatorio, creo yo, sino nuestro aplauso, merece su iniciativa; aplauso, tal lo siento, que le tributaremos, conmovidos; porque esta iniciativa trae —no dejarán de sentirlo quienes estuvieron cerca de aquellos hechos— algo de la humedad de las lágrimas que mojaron el rostro del valiente y pundonoroso general de sesenta y cuatro años, seriamente herido, pero enternecido de alegría al saber que entre la indisciplina de muy altos jefes del ejército, entre la deslealtad y la sedición, el Presidente Madero y el poder legítimo por él representado se habían abierto paso escoltados por los jóvenes cadetes del Colegio Militar, fieles desde su origen al honor y al deber. (Aplausos.)

El C. Secretario Castillo Hernández: No habiendo otro ciudadano Senador que haga uso de la palabra, se reserva para su votación nominal en conjunto.

—Están a discusión en lo particular cada uno de los cinco artículos del Proyecto de Decreto y su transitorio. No habiendo quien haga uso de la palabra, se va a proceder a recoger la votación nominal en lo general y en lo particular. Por la afirmativa.

Discurso en el Senado*

El C. Martín Luis Guzmán: Señor Presidente; señores representantes de la honorable Cámara de Diputados; señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; señores Secretarios de la Defensa y de Marina; señores Subsecretarios y Oficiales Mayores de ambas dependencias; señor Director del Heroico Colegio Militar; señor Director de la Heroica Escuela Naval; cadetes del Colegio Militar y de otras instituciones educativas militares presentes también aquí; distinguidos invitados; Honorable Asamblea:

Ha querido la Cámara de Senadores, deseo a que dio forma por acuerdo tomado entre aplausos en la sesión del día 20 de septiembre, conmemorar con todo el fervor cívico que la fecha merece, el sesquicentenario de la fundación del Heroico Colegio Militar, suceso aparentemente tan minúsculo e impreciso, y vacilante en su origen, como grandes, claras y categóricas habrían de ser sus consecuencias por el glorioso destino que las esperaba en muchos momentos críticos de nuestra historia. Y ha querido también el Senado hacer con esta celebración un nuevo homenaje al hoy heroico plantel, un homenaje mayor aún que el que le rindió el 26 de enero de 1971, al considerar y aprobar el decreto que creaba, a iniciativa del ciudadano Presidente de la República, la Medalla de la Lealtad.

He ahí por qué nos hallamos reunidos en esta sesión solemne, que logra toda su importancia actual y sus propósitos evocadores y patrióticos al acompañarnos aquí una comisión de la honorable Cámara de Diputados, los representantes de los otros dos Poderes de la Unión, varios altos jefes militares del Ejército, los directores del Heroico Colegio Militar y de la Heroica Escuela Naval y

* Bajo la presidencia de Germán Corona del Rosal y la secretaría de Emilio M. González Parra, 9 de octubre de 1973.

nutridos grupos de militares que han atendido con sensibilidad ciudadana la invitación que les hicimos.

Acabamos de escuchar el discurso del señor senador Rogelio Flores Curiel, vibrantes palabras cuyas resonancias épicas todavía nos agitan y conmueven. Hace apenas media hora que asistimos, en el patio de este edificio, aumentada así, una vez más, la rica tradición que lo ennoblece, a la ceremonia dispuesta para que el Presidente de la Gran Comisión del Senado de la República añadiera una medalla más a las muchas que ya condecoran, pendientes de la moharra, la bandera del colegio y que, con legítimo orgullo, enaltecen a quienes la enarbolan.

Que las miradas de nuestro espíritu, guiadas por nuestra emoción, se vuelvan de este modo hacia el plantel educativo militar que durante ciento cincuenta años ha sabido responder, conciente, laborioso, a los dictados del deber y la disciplina, y, arrojado, sereno, estoico, siempre que la patria ha llamado a las puertas del sacrificio, es el mejor tributo que podemos ofrecerle, no sólo porque aquilatamos con ello la esencia eficiente de su personalidad, invariable a lo largo de su vida, sino porque, haciéndolo, traemos a la luz las enseñanzas, de amplitud nacional, que su ejemplo ha dado a México, lo mismo en momentos dramáticos y de inmortal grandeza, que en el vivir metódico de cada día y en las vicisitudes que ha conseguido vencer o sortear sin apartarse nunca de lo que le es inherente, de lo más suyo, de aquello que lo mantiene en forma constante, y sin simulaciones, idéntico a sí mismo, según lo presenta, etapa tras etapa, el trazo de su historia.

Nació oficialmente el Colegio Militar mediante el decreto que para reconocer su existencia expidió el 11 de octubre de 1823 el Supremo Poder Ejecutivo, encabezado por quien sería el Primer Presidente de México: don Guadalupe Victoria. Pero aquel nacimiento, más que el comenzar de una vida, fue ya una vicisitud, pues provenía de una serie de antecedentes, unos virreinales y otros unidos a los albores del México independiente, con la cual había dado señales de que, hasta cierto punto, el Colegio ya existía.

En España se dispuso, a mediados del siglo XVIII, que cada compañía de tropa del ejército tuviera dos cadetes, ésto es, dos jóvenes de vocación militar capaces de instruirse y prepararse para ser oficiales sin tener que pasar por los grados inferiores. En la Nueva España se hizo lo mismo a partir de 1798; pero como esto no bastara para la buena formación de los oficiales que el ejército virreinal requería, en 1818 el brigadier español Diego García Conde formuló un proyecto para que se fundase en México una academia militar adonde acudieran los jóvenes dispuestos a seguir la carrera de las armas.

El proyecto no prosperó. Pasaron cuatro años. Se había consumado la Independencia. García Conde ascendido ya a mariscal de campo y puesto a ser-

vir a la nación recientemente desprendida de su metrópoli presentó, el 24 de febrero de 1822, otro proyecto, ahora para que se estableciese un Colegio Militar, intento que también resultó baldío, si bien permitió que se abriera el camino deseado. Tenaz García Conde, e iluminado quizá por la posible trascendencia de su idea, logró que al menos se le permitiese concentrar a los cadetes de todos los cuerpos en un establecimiento en que recibieran las enseñanzas que quería impartirseles; y de este modo tomó forma la Academia de Cadetes o Academia de Ingenieros —ambos nombres se le daban—, antecesora del Colegio Militar, el cual, a su vez, surgiría, con el personal de la Academia como pie veterano, el 11 de octubre de 1823.

Las contingencias, menores o grandes, que a partir de aquel día esperaban al Colegio Militar habrían de ser innumerables: cambios de nombre, cambios de asiento, cambios de concepción y estructura; recesos, dispersiones, reagrupamientos, y, coronándolo todo, presencia puntual y serena dondequiera que el deber la reclamaba, y actos guerreros y proezas heroicas.

Durante el primer medio siglo de nuestra vida independiente, el Colegio Militar tuvo, en periodos sucesivos, y después de haber sido Academia de Cadetes o Academia de Ingenieros, los nombres que siguen: Colegio Militar de Perote, en seguida, Colegio Militar; pasados 35 años, Escuela Militar de Infantería y Caballería, y de allí a poco, nuevamente, Colegio Militar. También entonces ocupó, después de haber pasado por el edificio donde estuvo el Tribunal de la Santa Inquisición y de su estancia por cerca de cinco años en la fortaleza de Perote, todos estos lugares: el antiguo convento de Bethlemitas; el edificio de la Inquisición (por segunda vez), la Casa de las Recogidas —o “Arrecogidas”, como el vulgo la llamaba—, el Castillo de Chapultepec; el cuartel del Rastro o del Rastrillo; de nuevo el Castillo de Chapultepec; el colegio Chico de San Ildefonso; el Colegio de San Gregorio de la ex iglesia de San Pedro y San Pablo, el Cuartel Arista (parte norte del Palacio Nacional), el ex covento de Santa Catalina y el ex Arzobispado de Tacubaya.

En aquel mismo periodo el Colegio padeció varios recesos, unos breves, largos otros, y algunas dispersiones, éstas seguidas de reagrupamientos. La Academia de Cadetes cerró temporalmente sus puertas a la caída del Emperador Iturbide en 1823; a consecuencia de la rebelión de los Polkos, los alumnos del Colegio Militar fueron enviados a sus casas en los meses de febrero y marzo de 1847 y depositadas sus armas en la Ciudadela. Del 14 de septiembre de ese mismo año al 12 de julio de 1848, los retuvo prisioneros en la ciudad de México, el ejército invasor. En diciembre de 1860, vencidos definitivamente los conservadores en la batalla de Calpulalpan, se les licenció, y así estuvieron hasta octubre de 1861, mes en que Benito Juárez decreto que se reintegrasen a su plantel. El 25 de febrero de 1863, al avanzar hacia la capital de la República las tropas intervencionistas francesas, se ordenó que todos los alumnos se incorporaran al Ejército Nacional, lo que los mantuvo dispersos hasta el 7 de noviembre de 1868,

cuando al fin pudo reiniciarse el funcionamiento de su escuela, ordenado por Juárez desde el 7 de diciembre de 1867.

Esta situación, proteica y errante, subrayada a menudo por duras estrecheces económicas, no hacía mella en la personalidad definitiva del Colegio Militar, fija casi desde los primeros años de su nacimiento. Fogueado y premiado por su conducta en 1828, y refrendados sus principios rectores en 1829 y 1840, la grandeza de que dió pruebas en 1847 y luego su proceder en los hechos militares de 1858, 1871, 1875 y 1876, lo mostraban ya, configurado en lo exterior y lo íntimo e independientemente de su nombre o su asiento, con perfiles intocables. Y es que sin pretenderlo, y por la sola fuerza de su contenido inmanente; el Colegio Militar había llegado a ser pronto, dentro del terreno educativo militar mexicano, y con no pocas proyecciones de carácter civil, algo así como lo que en el orden filosófico se llama "una entelequia", esto es, una cosa real que lleva en sí el principio de su acción y que tiende por sí misma a sus fines propios.

Pasados los años tormentosos, en 1882 el Colegio había vuelto al Castillo de Chapultepec, y allí estuvo hasta que, dueña del poder en 1913 la traición de Victoriano Huerta, lo trasladaron al edificio que había ocupado en Tlalpan la infiel Escuela Militar de Aspirantes. Poco después, a mediados de 1914, se instaló una vez más en Chapultepec; en 1916 se le dió por alojamiento el edificio de la antigua Escuela de Agricultura en Merced de las Huertas, y en 1918 el de la Escuela Normal para Maestros, de San Jacinto, donde hoy se encuentra.

Del 3 de julio de 1913 al 21 de abril de 1914, Victoriano Huerta lo había dividido en 3 escuelas: Escuela Militar Preparatoria, Escuela Militar Profesional, y Colegio Militar Superior. Luego, reintegrado volvió a llamarse por cuarta vez, Colegio Militar. En 1916 se le dió el título de Academia de Estado Mayor, y, por último, el 5 de febrero de 1920, volvió a ser, ahora por la vez quinta, Colegio Militar, nombre y carácter con que se le había concebido y se le fundó.

¿Hechos de armas? ¿Rasgos de apego a la disciplina? ¿Ejemplos del celoso cumplimiento del deber? ¿Actos de heroísmo? Apenas si podemos mencionarlos en un simple apunte y dejando casi intactos los más característicos y elocuentes.

En noviembre y diciembre de 1828, el Colegio Militar fue leal al Presidente Guadalupe Victoria, apoyándolo contra los alzados de la Acordada. En diciembre de 1829 siguió a Vicente Guerrero, Presidente de la República, para combatir al Vicepresidente Anastasio Bustamante, que se había sublevado en Jalapa. En julio de 1840 luchó con denuedo defendiendo al gobierno del Presidente Anastasio Bustamante contra el levantamiento que encabezaba el general José Urrea. En octubre de 1858 combatió al lado de los poderes constituidos,

defendiendo una de las entradas de la ciudad de México. En octubre de 1871 se puso a las órdenes del general Sóstenes Rocha para apoyar al Presidente Benito Juárez contra los alzados que se habían hecho fuertes en la Ciudadela. En 1875 y 1876 defendió al gobierno del Presidente Sebastián Lerdo de Tejada ante la insurrección de Porfirio Díaz. En febrero de 1913 se aprestó a morir escoltando al Presidente Francisco I. Madero en su marcha desde el Castillo de Chapultepec al Palacio Nacional. En mayo de 1920 hizo otro tanto, siguiendo al gobierno de don Venustiano Carranza, por cuya investidura constitucional se batió hasta que el Presidente se opuso a que continuara acompañándolo. Y no hay para qué evocar el drama del Molino del Rey y de Chapultepec, escenarios dolorosos de las batallas del 8 y el 13 de septiembre de 1847, en las cuales, muy por encima de la lealtad y de las normas éticas más rigurosas, la conducta de los cadetes del Colegio Militar alcanzó las regiones del heroísmo en grado sublime. Juan de la Barrera, de 19 años; Agustín Melgar, de 18; Juan Escutia, Fernando Montes de Oca y Vicente Suárez, de 17, y Francisco Márquez, de 15, viven en los corazones mexicanos como la encarnación más pura de la patria.

Aunque en jornadas no tan gloriosas como la de los Niños Héroes, otros alumnos del Colegio Militar han ofrendado su vida a impulsos del sentimiento del deber, del honor, y del patriotismo. Así Juan Rico, adolescente de 15 años que murió en julio de 1840 combatiendo desde la torre de la Iglesia de Jesús a los sublevados de La Acordada, y el alumno Ignacio L. Barba, que el 15 de mayo de 1920 fue muerto en Aljibes al sobrevivir el desastre de tropas leales que seguían al Presidente Carranza.

Hijos y actores de su historia y fieles a su linaje, los cadetes del Colegio Militar han recibido desde el segundo tercio del siglo pasado, más honrosos galardones. Sus hojas de servicio, vencida la asonada que quiso derrocar al Presidente Guadalupe Victoria, merecieron la nota: “En los días del 30 noviembre al 1, 2, 3 y 4 de diciembre de 1828, en Palacio, estuvo los supremos poderes legítimos de la federación contra los sublevados de La Acordada”.

En 1840 se les condecoró con la Cruz de Honor, cuya leyenda decía: “En su niñez salvó la capital de la República durante las jornadas del 15 al 26 de julio de 1840”. La ceremonia, de grandes proporciones, en que fue puesta a los cadetes esta Cruz, ha pasado a la posteridad recogida así por los historiadores.

El 27 de septiembre formaron cuadro todas las tropas de la guarnición de México en la plaza mayor de la Constitución, en el centro, en otro cuadro, pequeño los alumnos del Colegio Militar. Allí los condecoró el Jefe del Estado Mayor del Ejército con la Cruz de Honor que les decretó el Congreso el 19 de agosto y después le dirigió la siguiente proclama el Jefe de la Plana Mayor: “Jóvenes compañeros de armas: las Augustas Cámaras os condecoran con una insignia que muchos veteranos desearían llevar como vosotros, porque les acredita lo que valéis y anuncia lo que seréis en el porvenir. Yo veo que bajo

esta faz palpitan unos corazones ansiosos de sacrificarse por la patria y que, llegada la vez, se confirmarán mis vaticinios. Portadla con orgullo, pues supisteis ganarla con honor; jamás mintáis el favorable concepto que habéis merecido en el último julio. Leales y valientes como hasta aquí, llegaréis a ser el ornamento de nuestro Ejército y la gloria del país que vio nacer; que la subordinación y la disciplina sean vuestra divisa; que el amor a la libertad sea vuestro anhelo, y ya que en su obsequio habéis quemado los primeros cartuchos, hoy que reina la concordia, entonadle himnos a la patria”.

Eso dijo el General Valencia, Jefe de la Plaza Mayor del Ejército en aquellos días.

En 1856 se les otorgó la Condecoración de la Paz, por su noble actitud al servicio del gobierno constituido. El 5 de febrero de 1920, el Presidente Venustiano Carranza les entregó, para que les sirviera de guía y amparo, la Bandera del Batallón de San Blas, del Heroico Batallón de San Blas.

El 14 de diciembre de 1939 se les honró en su estandarte prendiéndole una leyenda tan laconica como expresiva: “A la lealtad. Mayo a 1920”. El 29 de diciembre de 1949 un decreto ordenó anteponer la palabra “heroico” al nombre de su Colegio. El 9 de febrero de 1966, el Presidente Gustavo Díaz Ordaz instauró el día de la Lealtad. De allí a cinco años, en enero de 1971, se creó para exaltación de esa misma virtud, la Medalla de la Lealtad, que en solemne ceremonia, efectuada en el Castillo de Chapultepec, el Presidente Luis Echeverría impuso al grupo superviviente de los cadetes que habían acompañado al Presidente Madero el 9 de febrero de 1913 en su marcha hasta el Palacio Nacional, y el 7 de mayo último, el Presidente de la República condecoró a los supervivientes del Colegio Militar que habían protegido al Presidente Venustiano Carranza durante los días 7 al 17 de mayo de 1920, dándole escolta desde la ciudad de México hasta más allá de Aljibes, camino de la sierra de Puebla.

A todas estas manifestaciones con que el poder público ha recogido los sentimientos nacionales que hacen del Colegio Militar una institución gloriosa, hay que añadir los actos conmemorativos celebrados en estos días. Ayer mismo, el Presidente de la República colocó la primera piedra del edificio que se destinará, en la Delegación de Tlalpan, a un costado de Copilco, al Colegio Militar. Con asistencia también del Jefe del Estado, se dió el nombre de “Avenida Colegio Militar” al principal paseo del Bosque de Chapultepec, y en la Plaza de San Lucas se descubrió una estela que indica el sitio donde estuvo la Casa de las Recogidas, ocupada, como ya he dicho, por el Colegio Militar en los años de 1837 a 1841.

Por supuesto, señoras y señores, que los cadetes son el supremo protagonista de cuanto representa y vale la grandeza histórica del Colegio Militar. Pero también hay que dedicar un recuerdo caluroso a los jefes y oficiales que los

educaron, instruyeron y comandaron, desde el fundador, Mariscal de Campo Diego García Conde, hasta los que hoy manejan y gobiernan el plantel.

Evocándolos a todos simbólicamente, me permitiré mencionar a tres, a tres cuya conjunción tanto hizo por el Colegio en las postrimerias del siglo pasado. De los tres, niño yo, recibí caricias en la terraza del Colegio Militar; y corridos los años, ya mayor, de los tres supe hasta dónde la Patria tendría que guardarles gratitud por lo que habían hecho para bien del plantel heroico. Fueron el entonces Director, general Juan Villegas, paternal educador, paternal y justiciero; el Subdirector, soldado de gran capacidad en todo lo referente a su carrera, *el entonces teniente coronel Manuel M. Plata, que llegó a ser Subsecretario de la Guerra en el gobierno del señor Madero*; y por último, el entonces Jefe del Detall e instructor de Infantería, a quien no puedo ni debo elogiar, aunque lo merezca en grado sumo, el entonces Mayor Martín L. Guzmán. (Aplausos.)

Señor Presidente: honorable Asamblea: Dentro de dos horas lucirán, con grandes mayúsculas de oro, en el recinto de la honorable Cámara de Diputados, recinto que también lo es del honorable Congreso de la Unión, estas tres palabras: “Heroico Colegio Militar”, y estas otras tres: “Heroica Escuela Naval”. Se extenderá así al Colegio Militar, plantel modelo por la intachable vigencia de sus normas seculares, el reconocimiento apasionado que la nación mexicana dedica a perpetuar la imagen de sus hijos más preclaros y el recuerdo de los hechos que confirman a la nación en su fe. Pero con ello —creo yo— se obtendrá, además, algo, de consecuencias incalculables, que acaso influya, como fermento activo, en nuestra tabla de valores morales, los públicos y los privados. Se conseguirá que las generaciones de estos días, sea cual fuere su edad, y las del porvenir, reciban como arquetipo consagrado por la historia, las enseñanzas que durante ciento cincuenta años —ciento cincuenta hasta hoy— ha dado a México una institución educativa adonde se llega por una vocación abnegada y altruista, donde la frugalidad y la austeridad son el camino del vigor físico y de la salud espiritual; donde el sentido de la disciplina y del deber fecunda los esfuerzos de la inteligencia; donde es inherente el buen concepto de sí propio, llevar por divisa el honor y la lealtad, honor para cumplir, severos, aquello que nos obliga con respecto a los demás y a nosotros mismos; lealtad, para proceder, fieles y hombres de bien, practicando lo que sea justo en el medio que nos rodea y de que somos parte. En fin, un plantel donde el engrimiento y la prerrogativa innecesaria y no ganada son incompatibles con la función orgánica de las jerarquías establecidas por obra del saber y de la experiencia.

Porque de todo esto, señoras y señores, es espejo de imágenes nítidas, el Colegio Militar. Sus virtudes, igualmente preparatorias, para el heroísmo, cuando el heroísmo hace falta, que para el trabajo profesional consciente de su eficacia, nos hacen ver la persistencia cotidiana de la devoción por el empeño, *extraordinario o normal*, que nos reclama, equiparable en esto lo militar y lo

civil, y que lo mismo en los menesteres más humildes o modestos, que en las ocupaciones más encumbradas, se encuentra terreno solícito para servir a la patria haciendo bien lo que de nosotros se espera, o que nosotros y la patria esperamos de nosotros mismos. (Aplausos.) (Todos de pie.)